

Contradicciones y conflictos de identidad en Apiano

Francisco Javier GÓMEZ ESPELOSÍN

Universidad de Alcalá de Henares

RESUMEN

La admiración de Apiano hacia Roma y su imperio era sincera pero no monolítica. A través de algunos pasajes de su obra se dejan sentir los ecos de un cierto descontento con el comportamiento romano hacia sus enemigos, ciudades que luchaban por su libertad o monarcas dotados de grandes cualidades como Perseo o Mitrídates. Alejandrino, griego y romano, las tres identidades entran a veces en contradicción y han dejado sus huellas a lo largo de su historia.

Palabras clave: Identidad, libertad, Fuentes, abogacía.

Contradictions and conflicts of identity in Appian

ABSTRACT

Appian's admiration for Rome and her empire was sincere but not monolithic. We can perceive throughout his history some flashes of discomfort for Roman behaviour towards her enemies, cities struggling for their freedom or some qualified rulers as Perseus or Mithridates. The different identities that pervades Appian's personality, as Alexandrian, Greek and Roman, come sometimes in conflict and are reflected in his history.

Key words: Identity, Liberty, Sources, Law.

La capacidad de mediar o de moverse con agilidad entre dos mundos claramente diferentes como eran el griego y el romano, que podrían aparecer en principio contradictorios en sus ideales y modos de vida pero que resultaron en la realidad perfectamente complementarios a la hora de consolidar algunos de los principales logros culturales helénicos dentro de un nuevo marco político más universal, constituye una de las características definitorias que suele atribuirse a la inmensa mayoría de los autores griegos que escribieron bajo el imperio romano¹. Eran individuos cuyas señas de identidad ya no eran del todo específica y exclusivamente griegas, si bien escribían dentro de una tradición literaria cuyos principales modelos y referentes seguían siendo fundamentalmente helénicos aunque algunos de ellos filtrados ya a través de una literatura latina que había alcanzado hacía tiempo su mayoría de edad.

¹ Sobre esta cuestión pueden verse el trabajo de P. Vidal-Naquet (1990), pp. 22 y ss. así como los libros recientes de Swain (1996) y Ostfeld (2002).

La mayoría compartía una buena parte de los postulados ideológicos auspiciados por la propaganda imperial desde los tiempos de Augusto, de la que algunos se habían convertido además en decididos e indisimulados portavoces, y se hallaban perfectamente incardinados dentro del cómodo engranaje del modo de vida romano en sus papeles de rétores o funcionarios². La rendida admiración hacia la acción conquistadora y unificadora de Roma, que había conseguido pacificar el orbe e instaurar el orden en un universo presidido hasta entonces por las discordias internas y el caos exterior, formaba también parte importante de su complejo bagaje emotivo e intelectual, y facilitaba su propensión constante hacia el reconocimiento de los indiscutibles méritos que había contraído la nueva potencia hegemónica en el curso de la serie interminable de guerras conducentes a la realidad inmediata y tangible del imperio.

Dentro del amplio panorama de la literatura griega imperial no faltan efectivamente las equiparaciones significativas entre la presencia de la civilización entre los pueblos bárbaros de Europa y el avance imparable de las tropas romanas por aquellos territorios, como pone claramente de manifiesto Estrabón a lo largo de los libros III y IV de su monumental *Geografía*, ni los elogios encendidos de Roma como el de Elio Arístides donde se presenta una visión sintética y grandiosa del funcionamiento político del imperio romano³. Los discursos que ponen de manifiesto lealtades de carácter institucional hacia el imperio y su significado, o de aspecto más personal hacia las personas concretas de algunos de sus patronos y benefactores constituyen la norma habitual en todos estos escritores, claramente identificados e integrados dentro de la nueva realidad política. Sin embargo, a pesar de la contundencia de un panorama aparentemente tan monolítico, es muy posible que existieran también sensibilidades particulares, que en alguna medida podrían poner en entredicho la incuestionable rotundidad de tales adhesiones. Ciertamente, no se trata de manifiestas disidencias, ni de hondos desacuerdos que salen tímidamente a la luz cuando la ocasión lo permite. Tampoco de la erupción momentánea de enconados rencores que han debido quedar oportunamente mitigados por la conveniencia y la necesidad e irrumpen ahora de repente de las profundidades del subconsciente, vehiculados a través de una contundente afirmación ocasional o de la descripción más bien crítica de unos comportamientos determinados. Posiblemente ni siquiera se trataba de opiniones personales, caladas a fondo en la psicología del individuo, y que daban cauce a través de lo que hoy denominaríamos expresiones políticamente incorrectas a ciertos sentimientos irreductibles que habían quedado momentáneamente engullidos dentro de un consenso general, aceptado y asumido conscientemente, que instauraba la intrínseca bondad natural del imperio romano como culminación necesaria de un proceso histórico anterior repleto de problemas e insatisfacciones.

Quizás, en la mayoría de los casos, se trataba tan solo de pequeñas filtraciones que rompían esporádicamente la compacta uniformidad de esta impecable fachada identitaria pero sin llegar a afectar de lleno al núcleo esencial de la estructura del edificio, cuya extraordinaria solidez apenas se resintió por la existencia de tales desper-

² Sandford (1937), Palm (1959) y Gabba (1959).

³ Sobre Estrabón, Thollard (1987); sobre Elio Arístides, Pernot (1997) p. 5.

fectos. Sin embargo, no deja de ser cierto que parecen detectarse en determinados puntos algunas llamativas disonancias a través de las cuales se filtraron sentimientos y emociones que parecían ya perfectamente reprimidos y controlados dentro de la realidad imperial, aparentemente integradora de las diferencias anteriores dentro de un nuevo contexto de alcance universal que había asimilado y superado por completo los antiguos localismos e identidades nacionales que tantos quebraderos y conflictos habían provocado a lo largo de la historia pasada y reciente. Por ello, la exploración más detenida de estas disonancias puede, quizá, ayudarnos a entender la complejidad de los discursos de identidad en una época como esta en la que las diferentes lealtades que cada individuo albergaba en su interior podían hallarse a veces repartidas de forma más o menos inestable en función de su propia ideología, de su talante personal o de sus circunstancias vitales.

El caso de Apiano resulta extraordinariamente ilustrativo en este terreno. Fue el autor de la historia más completa de la conquista romana que ha llegado hasta nosotros y en la que se ponen particularmente de manifiesto algunas de las disonancias señaladas dentro de un contexto general que resulta indiscutiblemente favorable hacia las acciones romanas. Su obra, largamente desacreditada como una simple recopilación de fuentes perdidas cuyo exclusivo valor dependía estrechamente de la identificación de las mismas, ha logrado ya en la actualidad un cierto consenso favorable que lo sitúa dentro de una perspectiva mucho más positiva como autor independiente con sus propios objetivos historiográficos, por modestos que nos puedan parecer⁴. Su historia romana constituye indudablemente el resultado final de un esfuerzo de elaboración personal en el que han primado decididamente sus propios intereses e intenciones, si bien no cabe olvidar tampoco el hecho de que se vio también inevitablemente mediatizada por el contexto literario, político e ideológico en el que fue redactada. Las informaciones recogidas proceden de medios tan diferentes, desde los más estrictamente literarios a los de carácter más testimonial u oficial, y de ámbitos tanto puramente griegos como romanos con sus correspondientes tendencias a poner de relieve determinados temas, que han dejado seguramente su impronta en el conjunto final de su obra en una medida que resulta prácticamente imposible calibrar de forma precisa y detallada⁵. Seguramente muchos de los elementos críticos hacia la conquista romana, que denotan a veces una clara toma de partido contemporánea hacia determinada figura política o hacia algunas de sus actuaciones o un poso ideológico más profundo que remonta hacia los grandes motivos de la historiografía griega, se hallaban ya presentes en sus fuentes de información y dejaron su marca indeleble de procedencia sin que el autor se preocupara especialmente por depurar del todo sus excrecencias más visibles, tintando así de forma inevitable sus propias actitudes y opiniones al respecto.

⁴ Sobre la revalorización de Apiano, Goldmann (1988), Bowie (1989), la serie de trabajos reunidos en *ANRW* II 34, 1 (1993) y más recientemente Bucher (2000).

⁵ Conviene recordar a este respecto los escasos resultados de la larga y tenaz *Quellensforschung* de que ha sido objeto nuestro autor desde los inicios de la investigación moderna. Al respecto pueden verse los estados de la cuestión que aparecen en Goldmann (1988) pp. 2-5, McGing (1993) pp. 496-499, Gowing (1992) *passim* y Bucher (1997), pp. 204-212.

Sin embargo esta incuestionable dependencia de sus fuentes no parece que le impidiera llevar a buen término su propio programa historiográfico, tal y como aparece desarrollado a lo largo del Prólogo de su historia, y seguramente hizo siempre valer sus propios criterios de selección a la hora de redactar su relato, acogiendo con mayor interés y detalle aquellos pasajes o acontecimientos que contribuían de forma particular a poner de manifiesto sus propios objetivos o se adaptaban mejor a su visión de las cosas⁶. Así, aparentemente resuelto, o, quizá deberíamos decir mejor, prudentemente neutralizado, el debate acerca de sus fuentes, hemos de asumir que las afirmaciones presentes en su obra responden en buena medida al ejercicio consciente de un proceso de selección y en ocasiones constituyen una muestra de sus propias opiniones, al refrendar o avalar con comentarios irónicos y contundentes la información contenida en sus fuentes, con independencia de que la actitud ya existente en éstas predispusiera o facilitara tales erupciones personales.

A lo largo de su historia hallamos una serie de casos que podrían ser interpretados como la expresión de una cierta simpatía por los vencidos en los que se expresaba además en ocasiones una amarga queja por la futilidad de su valeroso pero desesperado intento por conservar la libertad dentro de una lucha cuyo resultado final parecía ya claramente decidido por un destino implacable, dispuesto a arrumbar todas las glorias y grandezas de un pasado condenado de forma irremisible a la caducidad por la imperiosa y devastadora corriente de la historia a favor de la hegemonía romana⁷. Todos los pueblos e imperios habían ido sucesivamente cediendo su lugar a Roma pero esta cesión había comportado indefectiblemente una serie de resultados traumáticos, ya que implicaba la destrucción de otras hegemonías anteriores, como la de Cartago o la de los reinos helenísticos, que se veían ahora condenadas de forma irremisible a la ruina y al olvido más completos. Lo que parece haber sido un canto triunfal ininterrumpido de las grandezas de Roma quizá no tuvo siempre una completa armonía vocal y en medio de las fanfarrias se deslizaron ocasionalmente, evidentemente de forma mucho menos contundente y sonora, algunos trenos fúnebres por toda la desolación y miseria que habían arrastrado consigo las interminables victorias, por la crueldad innecesaria ejercida hacia enemigos claramente inferiores ante los que no supo ejercerse la clemencia necesaria, por todos los actos de arbitrariedad e interés que quedaron convenientemente envueltos en el ropaje ideológico de la guerra justa, y por toda la irresponsabilidad personal demostrada por unos magistrados incompetentes y corruptos cuya máxima aspiración era la consecución del beneficio inmediato más sustancioso sin atender en momento alguno a las exigencias naturales que demandaban el ejercicio de la piedad o el respeto a los compromisos.

Obviamente no se cuestiona con ello la más que probada lealtad de Apiano hacia el imperio romano. Dicha postura queda perfectamente avalada tanto por sus contundentes afirmaciones en el Prólogo a su historia, cuando destaca la incomparable

⁶ Hemos analizado este grado de reelaboración personal del material disponible sobre un pasaje concreto de su historia en Gómez Espelosín (1996).

⁷ A fin de cuentas hacia dicho objetivo apuntaba la famosa teoría de la sucesión de los imperios, presente también en alguna manera en Apiano, cf. Alonso Nuñez (1984).

grandeza y duración del imperio romano con relación a todos los que le han precedido, a los que ha superado en valor, constancia y laboriosidad, y achaca su triunfo final a la prudencia de sus decisiones y a la buena fortuna, como por su propia trayectoria vital, que le condujo a formar parte del propio entramado político y social del imperio romano actuando como procurador en sus tribunales después de una larga carrera en la que mediaron destacadas influencias personales⁸. Los romanos son los auténticos protagonistas de su historia a pesar del 'criterio estrictamente etnográfico' sobre el que aparece modelada, condensando sus diferentes actuaciones en cada uno de los territorios o países que fueron objeto de sus conquistas. El punto de vista preferente es igualmente romano ya que todas las acciones aparecen enfocadas desde esta perspectiva, concediéndose un reducido papel a los oponentes, salvo contadas excepciones, muchas de las cuales están encaminadas a resaltar los méritos de sus adversarios con el fin de agrandar todavía más el valor de la victoria conseguida⁹.

La propia concepción y el programa de toda la obra avalan también su clara postura decididamente favorable a la monarquía imperial y a la extensión indiscutible de sus beneficios a todo el orbe habitado. Concebida dentro de un espíritu propio de la abogacía, ámbito en el que ejerció al parecer toda su actividad profesional, su historia tiende a presentar la evidencia incontestable que ponga de relieve la validez de sus asertos iniciales¹⁰. Destinada a demostrar la capacidad (*areté*) romana en relación con cada uno de los pueblos con los que se enfrentó a lo largo del proceso de conquista, Apiano sostiene la idea de que dicha cualidad se puso ya de manifiesto en los inicios míticos de su historia durante el período de los reyes y ha proseguido así hasta los tiempos del autor, sin que ni siquiera los difíciles y tumultuosos momentos de las guerras civiles hayan estado exentos de claras demostraciones de la misma. Da así la impresión de que las buenas cualidades que parecían caracterizar una parte fundamental de la forma romana de proceder no se vieron seriamente afectadas por las importantes conmociones que comportaron el final de la República y que condujeron inevitablemente al surgimiento y consolidación del régimen imperial a pesar de la notoria importancia que Apiano confiere a todo este largo período, tal y como ha quedado reflejado en sus cinco libros al respecto¹¹.

Sin embargo esta adhesión fundamental de Apiano hacia el imperio, de cuyo engranaje además formaba parte, no le impidió dar cabida dentro de su obra a algunas expresiones que podrían delatar esos sentimientos de simpatía a los que hacíamos antes referencia hacia el triste pero heroico destino de algunos de los enemigos de Roma que combatieron de forma destacada por su libertad hasta las últimas consecuencias. Veamos algunos ejemplos. El caso de la ciudad hispana de Astapa pare-

⁸ Sobre la pertenencia de Apiano al establishment romano, Sandford (1937). Sobre el papel de Frontón en este sentido, Champlin (1980). Sobre la biografía de Apiano, Brodersen (1993), pp. 352-356. Sobre el papel de Roma en su Prólogo y dentro de su concepción historiográfica, Hahn y Nemeth (1993).

⁹ Véase al respecto nuestro análisis del libro ibérico en Gómez Espelosín (1993b).

¹⁰ Analizada desde esta perspectiva en Bucher (2000) p. 430.

¹¹ De hecho han sido principalmente estos libros los que han concentrado el interés de los estudiosos, desde la programática obra de Gabba (1956) al respecto hasta los estudios más recientes. Un estado de la cuestión en Magnino (1993).

ce particularmente significativo a este respecto¹². La posición relativamente aislada del episodio dentro del relato parece ciertamente significativa. Apiano ha seleccionado dicho episodio de toda una campaña que en su narración ha quedado condensada en una simple frase con la que cierra el párrafo anterior: "(Escipión) se replegó hacia Cartago, después de enviar a Silano y Marcio hacia el estrecho para devastar todo lo que pudieran"¹³. Conocemos algo más acerca de esta campaña gracias al relato correspondiente de Livio¹⁴, cuya comparación con el pasaje apiano resulta enormemente esclarecedora, no solo sobre las posibles fuentes de información que ha podido utilizar en esta ocasión el historiador alejandrino, sino también sobre las evidentes diferencias de matiz y valoración que marcan el desarrollo narrativo de ambas historias.

Así, Apiano destaca al inicio del pasaje su fidelidad continuada y unánime hacia la causa cartaginesa, un dato que contrasta con la fragilidad y la volatilidad de otros lugares, como las ciudades que aparecen mencionadas en el párrafo inmediatamente anterior, que cambiaban de alianzas según la oportunidad o la circunstancia. Livio, en cambio, caracteriza la ciudad como enemiga enconada y acérrima de los romanos sin que se apunte siquiera el rasgo más bien positivo de su continuada fidelidad hacia los cartagineses que Apiano decidió resaltar, contrastándolo con los comportamientos bien diferentes de Ilurgis y Castax narrados inmediatamente antes. Faltan también en el relato de Apiano algunas precisiones acerca de la situación de la ciudad que aparecen mencionadas en Livio, así como su costumbre de efectuar continuos actos de rapiña sobre sus vecinos. Contrastan igualmente, aun siendo en esencia las mismas en líneas generales, las motivaciones directas que impulsaron la decisión de sus habitantes de luchar a muerte contra los romanos. Mientras que Apiano resalta su convicción de que si los romanos los apresaban quedarían reducidos a la esclavitud, Livio atribuye su desesperada decisión a su *conscientia scelerum* y a la consiguiente imposibilidad de hallar una salida honrosa a su situación. El propio acto desesperado que consistió en reunir a sus familias y enseres y situarlos sobre una pira, confiando su custodia a un grupo reducido de cincuenta hombres bajo el juramento de que si resultaban vencidos en su ataque final darían muerte a todos y prenderían fuego a la pira, es considerado en Apiano, por la simple yuxtaposición de una serie de escuetos elementos narrativos, como la prueba definitiva de su heroica decisión de morir todos en combate y no dejar nada de provecho para los posibles vencedores. En Livio se presenta, en cambio, como la perpetración de un horrendo crimen contra ellos mismos. En el relato de Apiano la sorpresa inicial del ataque llevado a cabo por los de Astapa obligó a replegarse a los romanos y aunque hubieron de ceder finalmente después de que aquellos llevaran a cabo los preparativos militares adecuados para afrontar la situación sobresalieron por su valor y solo resultaron vencidos por el número mayor de efectivos de las tropas romanas. El valor demostrado por los de Astapa en el curso de la refriega se transforma en Livio en una lucha impetuosa y acelerada presidida por un *caecus furor*. La diferencia notable de efec-

¹² *Hisp.* 33.

¹³ *Hisp.* 32. Las traducciones de la *Iberiké* son nuestras (*las Guerras Ibérica y Anibal*, Madrid, 2006)

¹⁴ XXVIII, 22-23.

tivos, que resulta decisiva en Apiano, queda mucho más disimulada y encubierta en el relato de Livio, que concentra su atención en la coordinación y efectividad que demuestran las tropas romanas al repeler el ataque. La presentación del suicidio colectivo de sus habitantes, precedido por la masacre de las mujeres y niños, es igualmente distinta en ambos relatos. Apiano la refiere de forma escueta mientras que en Livio aparece descrita con mucho mayor detalle, deseoso de destacar la barbarie perpetrada por los enemigos de Roma. Finalmente Apiano concluye su relato del episodio con la noble reacción romana de permanecer al margen de cualquier saqueo, sobrecogido como estaba el oficial al cargo por el valor demostrado, ordenando que no se cometiera ningún acto de violencia contra sus casas. Sin embargo las cosas suceden de forma bien diferente en Livio, con la correspondiente acción de saqueo que los soldados romanos intentan llevar a cabo tratando de salvar de las llamas, con peligro de sus propias vidas, los metales valiosos que todavía no habían sido destruidos en el incendio.

Las diferencias existentes entre ambos relatos ponen de manifiesto que Apiano no se limitaba a repetir de forma más o menos coherente sus fuentes de información sino que ha procedido a seleccionar conscientemente aquellos detalles que le resultaban más significativos de todo el episodio desde su propia perspectiva, que no coincide evidentemente con la de Livio. Destaca especialmente su parquedad a la hora de desplegar todos los efectos espectaculares que proporcionaba la escena del suicidio colectivo, cuando en otros muchos casos procedió de forma bien diferente acogiendo con agrado este tipo de descripciones patéticas, como podemos apreciar en determinados momentos a lo largo del libro líbico¹⁵. Llama igualmente la atención su deseo de resaltar el comportamiento honroso de los romanos ante la catástrofe, sobre todo cuando tenemos casi la seguridad de que dicha circunstancia no se produjo si consideramos una escueta referencia fragmentaria de Polibio que parece hacer alusión a dicho acontecimiento¹⁶. A pesar de las coincidencias existentes entre ambos relatos, que podrían conducir a pensar que el historiador alejandrino ha utilizado como fuente al romano o bien que ambos derivan de la misma fuente común, parece evidente que el historiador alejandrino ha reelaborado extensamente el material. Lo que en Livio aparece como una escena más de combate que revela la barbarie a la que eran capaces de llegar los enemigos de Roma, en Apiano se presenta, en cambio, como un acto de desesperación heroica de una ciudad indígena que, fiel y coherente con su toma inicial de partido, no estaba dispuesta a asumir en modo alguno las consecuencias que implicaba la pérdida de su libertad.

Otro ejemplo relevante en este sentido podría ser el caso bien conocido de Numancia. El relato de la épica resistencia de la ciudad celtíbera contra el incansable asedio romano encuentra su más amplio testimonio en la historia de Apiano, después de la lamentable pérdida del relato de Polibio al respecto, que fue además testigo presencial del desgraciado final de la ciudad tras el inexorable asedio de

¹⁵ Así en *Pun.* 73; 77; 81; 92; 129; 131.

¹⁶ XI, 24, 31

Escipión¹⁷. Que la lucha de los habitantes de Numancia tiene su principal razón de ser en su deseo de conservar la libertad queda patentemente expresado en el discurso puesto en boca de un tal Avaro, uno de sus ciudadanos más destacados, al que habían decidido enviar a Escipión con la esperanza de conseguir una rendición honrosa: "habló con énfasis sobre la opción y el valor de los numantinos y añadió que ni siquiera ahora estaban equivocados, al haber sufrido tantos males por sus hijos y sus mujeres y por la libertad de la patria"¹⁸. Este mismo argumento que gira en torno de la libertad aparece repetido en dos ocasiones más a lo largo de la narración del episodio, cuando algunos deciden acabar con sus vidas antes que entregarse en manos de los romanos ("ya que habían acordado que muchos todavía aspiraban a la libertad y deseaban quitarse la vida ellos mismos")¹⁹, y en el elogio final de la ciudad con el que Apiano cierra, a modo de epifonema, su descripción de los hechos ("Tan grande era el amor de la libertad y del valor en esta ciudad bárbara y pequeña")²⁰.

Es muy probable que la deuda contraída por Apiano con sus fuentes resulte también aquí igualmente considerable, especialmente a tenor del eco que el episodio ha dejado en otros testimonios que pudieron haber tenido esa misma procedencia como es el caso de Diodoro. La palabra emblemática y recurrente (*eleuthería*) hace también su aparición en uno de los fragmentos relativos a la narración del conflicto, cuando en el momento de la entrega final de las armas que debe culminar la conclusión de un tratado, el historiador siciliano afirma que "un arrebato en pos de la libertad invadió al pueblo"²¹. Sin embargo hemos comprobado en el análisis del ejemplo anterior que el grado de reelaboración y selección con que operaba Apiano respecto a sus fuentes podía ser considerable. De hecho Apiano se separa en este sentido de toda la tradición existente acerca del largo y penoso conflicto numantino cuyos ecos se dejan sentir a lo largo de toda la Antigüedad, llegando incluso a equiparar el destino de la ciudad celtibera con Cartago²², y que convirtió el elogio final de su enconada resistencia en uno de sus tópicos fundamentales, tal y como aparece por ejemplo en las páginas de Floro²³. La focalización sobre la libertad como *leit motiv* del conflicto, que aparece hábilmente trasferido a los propios protagonistas en el discurso de Avaro, no figura en otra parte y, con independencia de que existiera ya en sus fuentes un argumento de esta clase más o menos desarrollado²⁴, dicha circunstancia parece haber concentrado el interés principal del historiador sobre el celeberrimo

¹⁷ Si es que se da por buena la referencia de Cicerón, *Ad fam.*, V, 12, 2 a la existencia de una monografía al respecto compuesta por el historiador aqueo. Se ha supuesto que dicha obra estaría en la base del relato de Apiano, si bien pudo haber usado igualmente la obra de Rutilio Rufo. Cf. Walbank (1972), p. 15.

¹⁸ *Hisp.* 95.

¹⁹ *Hisp.* 96

²⁰ *Hisp.* 97

²¹ XXXIII, 16 (traducción de M^a Nieves Muñoz Martín).

²² Al respecto Zecchini (2003).

²³ Flor., I, 34, 16-17.

²⁴ La posibilidad de que el relato de Apiano tenga sus orígenes en Rutilio Rufo ha sido señalada ya por algunos como Sancho Royo (1973); Hahn (1982); Gómez Espelosín (1993) y Zecchini (2003), pero dicha asunción no constituye ninguna variación significativa en nuestro argumento.

episodio. Lo que parece significativo es que Apiano recogió el guante y que esta elección viene a coincidir además con otros ejemplos de esta clase que aparecen diseminados a lo largo de su historia, induciéndonos a pensar que responde más bien a su propia iniciativa personal con independencia de que algunos de los ingredientes básicos hubieran figurado ya en sus fuentes de información. De los diferentes elementos que configuran la tradición antigua, que ha dejado sus huellas en autores como el mencionado Floro o en Orosio, tales como las terribles escenas del sufrimiento numantino, su feroz resistencia que obligó a los romanos a emplearse a fondo y a poner al frente de sus tropas a su mejor general, ciertas cuestiones relativas a su fortificación o a los alimentos consumidos por sus habitantes, particularmente su típica bebida a base de trigo, Apiano optó por concentrar su atención prioritaria sobre otras cuestiones dando cabida en su relato a la propia voz de los indígenas, que claman por un tratamiento digno en una lucha que habían emprendido por los más nobles ideales y en la que habían dejado clara constancia de su valor.

Dentro del libro ibérico de Apiano podemos encontrar también algunos otros ejemplos de esta índole, susceptibles de ser interpretados en esta dirección, como expresión marginal pero contundente de una cierta simpatía hacia los vencidos cuando daban muestras de un espíritu de resistencia indomable en la que el ímpetu natural e instintivo que se atribuía a los pueblos bárbaros quedaba sobrepasado, o neutralizado al menos, por el ansia infinita de libertad que les conducía a preferir la muerte ante la posibilidad de quedar sometidos a la esclavitud. Este es el caso de los brácaros, al noroeste de la Península Ibérica, que "perecían valientemente, no replegándose ninguno de ellos ni dando su espalda ni dejando escapar un grito. Todas las mujeres que fueron capturadas, unas se dieron muerte a sí mismas, otras dieron muerte a sus hijos con sus propias manos, prefiriendo la muerte a la cautividad"²⁵, o de unos bandidos sedetanos que optaron por hundir los barcos que los transportaban hacia Roma y por darse muerte a sí mismos con tal de no caer en la servidumbre²⁶. Ejemplos similares pueden encontrarse también en libros como el ilírico, con la autoinmolación de la ciudad de Metulo, irritados sus habitantes ante la exigencia de entregar sus armas, o en la toma de Segesta por Augusto, cuando en el relato del episodio Apiano destaca el hecho de que sus habitantes sólo empezaron a suplicar, por primera vez como queda bien patente en el texto, tras haber resistido todas las penalidades de un asedio y haber sido capturados por la fuerza²⁷. Nuevamente se destaca la noble reacción de su conquistador, quien alabando su valor y apiadado por sus súplicas, les impuso solo una multa en lugar de la muerte o el destierro como era lo habitual.

Es cierto que esta aparente demostración de simpatía hacia los vencidos no se ponía de manifiesto solo en aquellos casos en los que los romanos eran los vencedo-

²⁵ *Hisp.* 72.

²⁶ *Hisp.* 77. El término con el que Apiano caracteriza el proceder de estos individuos, *phrónema*, que ha sido traducido a veces por 'arrogancia' y podría comportar una valoración negativa del episodio, es traducido por Goukowsky en su edición *Belles Lettres* como 'fuerza de carácter' y por Richardson en su edición en *Aris&Phillips* como 'coraje' que implica una perspectiva bien distinta.

²⁷ *Ill.* 21 (Metulo); *Ill.* 24 (Segesta).

res. El ejemplo de Sagunto, donde fueron los cartagineses quienes conquistaron y destruyeron la ciudad, parece bastante ilustrativo a este respecto. Sin embargo, una vez más, las diferencias que presenta el relato de Apiano con respecto al resto de la tradición antigua, representada sobre todo por las narraciones correspondientes de Polibio y Livio²⁸, resulta altamente significativa. A pesar de los elementos que comparte con esta última, que tienden a situar a Aníbal como principal responsable de los acontecimientos y de la consiguiente declaración de la guerra, calificando todos los movimientos del general púnico como un engaño (*apáte*), Apiano introduce un elemento diferencial que no figura en ninguna otra parte como es la condición bajo la que los saguntinos aparecían en el tratado suscrito con Roma, no como aliados sino como libres y autónomos²⁹. Sin duda, el heroísmo de sus habitantes en la lucha desesperada contra Aníbal aparece también en la tradición representada por Livio, si bien ofrece notables diferencias en el desarrollo de los acontecimientos. Apiano, una vez más, ha concentrado todo el patetismo de la escena en la decisión heroica de inmolarsse colectivamente primero y en un suicidio generalizado después, antes que perecer por hambre. Aunque no se formulan las razones últimas de dicha decisión final, no hemos de olvidar que, según el relato de Apiano, era precisamente el deseo de conservar su libertad y su autonomía, puesto de manifiesto en la cláusula antes mencionada, lo que habría motivado el rechazo de ayuda directa por parte de Roma en los momentos decisivos, dado que, como el propio Apiano se encarga de recordarnos oportunamente, hubo quienes dentro del senado optaron por abandonar la ciudad a su suerte debido a esta circunstancia. La evidente ironía que comporta la expresión ("y libres eran todavía a pesar de que hallaban sometidos a un asedio") con la que el propio historiador explica esta postura y la lacónica contundencia con la que cierra todo el pasaje ("y se impuso esta opinión") parecen lo suficientemente significativas de la opinión personal que le merecen los hechos³⁰.

Efectivamente, la sorprendente dilación en la ayuda romana, que en el relato de Livio se intenta explicar por consideraciones de carácter estratégico y oportunista, parece atribuirse, en cambio, en el relato de Apiano al aparente disgusto que una parte del senado, que se impuso finalmente como opinión mayoritaria, experimentaba por la insistencia de los saguntinos en mantener a toda costa su libertad y su autonomía. No hay que olvidar que Apiano consideraba que la ciudad de Sagunto era griega, aceptando la vieja tradición que hacía de sus habitantes colonos de la isla de Zacinto³¹. Dicho argumento no parece haber figurado siquiera en las historias escritas desde un punto de vista procartaginés como las que Quéreas y Sósilo escribieron sobre el tema. De haber sido así es muy probable que las críticas que Polibio vierte contra ellos, descalificando su relato de los hechos como absurdo por haber alegado que los romanos todavía debatían en secreto las medidas a adoptar una vez iniciado el ataque a la ciudad, se hubieran concentrado también en este conflictivo punto³².

²⁸ Plb. III, 15; 17; Liv. XXI, 5-15.

²⁹ *Hisp.* 10-12 (todo el episodio); esp. 11.

³⁰ *Hisp.* 11.

³¹ Al respecto Barzano (1992) y Aranegui Gascó (2004), pp. 19-27.

En cambio, si dicho argumento es obra exclusiva de Apiano, que habría reelaborado una vez más de acuerdo con sus propios intereses y convicciones la información disponible, la lectura de un acontecimiento de esta envergadura sería bien distinta ya que los romanos habrían abandonado a su suerte a una ciudad griega que pugnaba desesperadamente por el mantenimiento de su libertad y autonomía, y su conquista y destrucción fueron simplemente utilizadas como pretexto para iniciar una nueva guerra, que en este caso satisfacía por igual a ambos contendientes, romanos y cartagineses. La crítica concentrada en torno a las acciones de Aníbal, que rodea todo el episodio, encubría además este evidente caso de omisión de ayuda por parte romana y le eximía, a diferencia de los casos anteriores, de la necesidad de introducir una cierta apología final respecto al noble comportamiento de los vencedores.

Otro de los rasgos que resultan un tanto sorprendentes en la Historia de Apiano es la valoración positiva que ofrece de algunos de los principales enemigos de Roma, un reconocimiento sincero que parece ir mucho más allá del tópico esperado en este terreno tendente a realzar la estatura del enemigo a batir con el fin de revalorizar todavía más la hazaña conseguida por los vencedores. Este podría ser el caso de algunos de los monarcas helenísticos, como el macedonio Perseo, el seléucida Antíoco V Epífanés, o Mitrídates VI del Ponto. De nuevo topamos en estos casos con la más que posible interferencia de sus fuentes de información, que serían en estos casos claramente antirromanas y favorables a las monarquías helenísticas que fueron víctimas sucesivas de la acción conquistadora de Roma, y que algunos identificaron con Timágenes³³. Mucho mejor calibrada hoy en día dicha hipótesis tras los trabajos de Marta Sordi acerca del historiador alejandrino³⁴ y a la vista de las diferentes y diversas opciones que Apiano podía manejar, lo más prudente es atribuir nuevamente dicha actitud al uso consciente de su propio criterio de selección a la hora de incorporar o no tales informaciones, ya que con independencia de que pudiera haber hallado ya en sus fuentes una tal postura, decidió hacerla también suya y expresarla de esta manera en algunos momentos de su obra.

Ciertamente la figura de Perseo emerge en sus páginas como una víctima casi inocente de las suspicacias y celos romanos³⁵. Su amistad con los griegos, una circunstancia a la que se alude en tres ocasiones, figuraba a la cabeza entre los motivos de la oposición romana al monarca. Sin embargo parece que el auténtico motivo del enfrentamiento era el hecho de que los romanos no deseaban tener en sus flancos a un "rey prudente, laborioso y benevolente hacia muchos y tan unánimemente alaba-

³² Plb. III, 20.

³³ Ya Meloni (1955) atribuyó a un historiador griego, 'dichiaratamente contrario a Roma' contemporáneo a los hechos su información sobre Perseo. De la misma forma Gabba (1957) atribuyó su libro siríaco a una fuente interesada en los reinos helenísticos que muy bien cabría identificar con Timágenes aunque se mostraba un tanto prudente a este respecto. Sobre el tema Marasco (1982), que admite la presencia entre las fuentes de Apiano de una tradición partidaria de la dinastía seléucida. Respecto a Mitrídates, McGing (1993). Sobre la literatura antirromana, Ferrary (1998) pp. 804-809.

³⁴ Sordi (1982).

³⁵ Mac. 11.

do"³⁶. La manifiesta contraposición expresada en el texto entre la realidad de los hechos (*ergo*) y la retórica política (*logo*), adaptada a las acusaciones lanzadas por Éumenes II de Pérgamo, refleja perfectamente la perspectiva con que se describen los hechos³⁷. Unas acusaciones que han quedado además precisamente desacreditadas en el párrafo anterior, donde se llega a decir que el monarca pergameno había convertido en objeto de acusaciones cualidades tan reseñables de Perseo como su diligencia y sobriedad de vida, a pesar de que era todavía tan joven, y el hecho de haberse granjeado en muy poco tiempo una gran popularidad y prestigio por todas partes³⁸. Es verdad que Apiano se hace también eco de la existencia de algunos segmentos del senado que acusaban a Éumenes de haber avivado las hostilidades contra Perseo por su envidia y miedo, pero del contexto general de su relato se desprende la idea esencial de que fueron los romanos quienes optaron de forma decidida por la guerra a pesar de la evidencia existente acerca de la falsedad de las acusaciones formuladas por Éumenes en contra del monarca macedonio que sale perfectamente bien parado de todo el lance.

Algo semejante podría decirse del caso del monarca seléucida Antíoco V. Apiano afirma que su temprana muerte fue bien acogida por el senado por el hecho de que el monarca había demostrado su carácter noble en un breve espacio de tiempo³⁹. Dicha cualidad había sido igualmente refrendada por el propio historiador en el párrafo anterior donde señalaba que el monarca había demostrado su auténtica condición de rey en unos momentos críticos, cuando le fue arrebatado el trono por unos usurpadores⁴⁰. Los romanos preferían evidentemente, tal y como el propio Apiano señala a continuación en su relato de las consecuencias en la sucesión al trono, que al frente del reino seléucida hubiera un joven inmaduro, que podía resultar fácilmente influenciable o manipulable en lugar de un monarca dotado de todas sus cualidades.

El caso de Mitridates puede resultar también significativo a este respecto. La figura del monarca pónico emerge también con una cierta grandeza trágica del relato de Apiano. Víctima desde el principio de los manejos e injusticias romanas⁴¹, toda la trayectoria del monarca es casi siempre presentada desde el punto de vista pónico⁴², con algunos alegatos defensivos que podrían explicar la actuación implacable del último enemigo de Roma. Su ambicioso proyecto de circunnavegar el mar Negro es presentado con ciertos visos de grandeza ya que le llevó a través de tribus escitas belicosas y extrañas que todavía mostraban un gran temor y respeto hacia su perso-

³⁶ *Mac.* 11, 3.

³⁷ *Mac.* 11, 3.

³⁸ *Mac.* 11, 2

³⁹ *Syr.* 46.

⁴⁰ *Syr.* 45.

⁴¹ *Mith.* 15.

⁴² McGing (1993) pp. 514 y ss.

na a pesar de que era en la realidad un fugitivo y había caído en el infortunio⁴³. Se resalta además el hecho notable de que nunca decayó en su porte ni en su ánimo a pesar de las numerosas desgracias personales y de la considerable pérdida de poder que había experimentado, hasta el punto que todos los que le seguían, aun conscientes de lo desesperado de su intento por morir dignamente como un rey, lo soportaban con firmeza y permanecían tranquilos a su lado⁴⁴. El elogio final que casi cierra la obra lleva a cabo un solemne balance de sus hazañas y destaca algunas de sus innegables cualidades como su grandeza de espíritu y su capacidad para soportar las desgracias (*pheréponos*), siendo este último rasgo, por cierto, una de las cualidades decisivas que, según el propio Apiano resalta en el Prólogo de su historia, contribuyeron a granjear el triunfo y la grandeza de Roma. Respecto del valor, otro de los pilares que habían sustentado el éxito romano, Apiano resalta el hecho de que Mitrídates, aunque le tocó combatir con los principales generales romanos del momento, en algunas ocasiones llegó incluso a mostrarse superior a ellos⁴⁵.

Seguramente Cartago no puede parangonarse con los casos mencionados y no resulta efectivamente fácil encontrar muestras de simpatía o connivencia con los cartagineses en las páginas de la historia de Apiano similares a las que han sido presentadas hasta ahora. Sin embargo no es menos cierto que a lo largo del libro líbico aparecen diferentes y repetidas alusiones a la antigua gloria de Cartago, "un imperio que rivalizó con los griegos en poder y en riqueza estuvo cercano al de los persas"⁴⁶, al que ya el destino había condenado de manera irremisible a la desaparición completa⁴⁷. Son efectivamente casi constantes, y presentadas en los más diferentes contextos, como discursos de los personajes o comentarios propios, las referencias, que incluso podríamos catalogar de nostálgicas en algunos casos, al pasado brillante y glorioso de una ciudad que había ejercido el dominio sobre amplias zonas del mundo y había disfrutado durante mucho tiempo de poder y de riqueza casi absolutos, y que se veía reducida ahora a la ruina y la destrucción⁴⁸. La más célebre de todas es sin duda la que da origen a las lágrimas de Escipión, un pasaje donde se conjugan hábilmente los dos motivos, el de la grandeza pasada de una gran potencia como había sido Cartago y el de un destino inexorable que determina implacablemente la caída de los pueblos, los imperios y los individuos a lo largo del curso de la historia⁴⁹. La célebre escena, que remonta al parecer a Polibio, tal y como señala el propio Apiano, ha sido aquí recogida en toda su intensidad y detalle, como la expresión final, de

⁴³ *Mith.* 102.

⁴⁴ *Mith.* 109.

⁴⁵ *Mith.* 112.

⁴⁶ *Pun.* 2

⁴⁷ *Pun.* 122

⁴⁸ Así *Pun.* 2; 57 en tres ocasiones; 69; 78 con claro acento nostálgico ya que Apiano califica de 'conmovedoras' las historias referidas por los embajadores cartagineses; 83 nuevamente discurso de los embajadores; 84.

⁴⁹ *Pun.* 132. donde se recuerda también el destino de otros imperios anteriores como Troya, Asiria, Persia o Macedonia.

carácter espectacular y emblemático, de un largo proceso que desde el inicio del relato ha sido continuamente anunciado con las constantes referencias y alusiones al glorioso currículum de la ciudad púnica. La valoración que los propios romanos hacían de la guerra contra los cartagineses, anteponiendo el conflicto con Cartago a sus hechos de armas más gloriosos, dado que "sabían que jamás había habido una guerra tan terrorífica para ellos ante sus mismas puertas"⁵⁰, resulta igualmente significativa a este mismo respecto. La importancia que adquieren en el curso del relato los discursos de carácter retórico y las escenas llenas de patetismo trágico, como las que describen el final de la ciudad o el suicidio de la mujer de Asdrúbal⁵¹, contrasta efectivamente con la narración mucho más puntual y prosaica que suele predominar en libros precedentes como el ibérico o el anibálico. Quizá una vez más nos encontremos con una cuestión que tiene que ver mucho con las fuentes disponibles y el carácter de las mismas, pero su adopción y adaptación por el propio Apiano decidiendo incorporarlas en su relato tiene también que ver seguramente con sus propias inquietudes a la hora de dar cuenta de un conflicto tan largo y espectacular en el que ambos bandos hicieron sobradas demostraciones de valor y constancia y en el que los dos por igual hicieron gala de los diferentes lados del alma humana dentro de ese precario equilibrio entre la piedad y la crueldad sin sentido. Quizá de este modo pretendió reflejar la magnitud y los contrastes de fortuna de una lucha sin cuartel librada por el dominio de la hegemonía en la que los vencidos tenían también su parte que contar.

Ciertamente, la victoria final de Roma sobre sus diferentes rivales no se había conseguido siempre con un impecable sentido de la justicia, ostentando el papel punitivo y vindicador que reclamaban para sí los romanos con su estrategia del denominado *bellum iustum*. Apiano no obvia de ningún modo la larga serie de injusticias romanas que habían jalonado algunas fases del proceso de conquista. Da cuenta así de agresiones completamente injustificadas como la de Lúculo contra los vacceos en la Península Ibérica "sin que le hubiese llegado decreto alguno ni los vacceos hubiesen hecho la guerra a los romanos ni hubiesen cometido falta alguna contra el propio Lúculo"⁵², la de Lépido contra Palantía, la mayor ciudad de los vacceos, "a pesar de que en nada había faltado a los pactos establecidos"⁵³, la de Pisón contra una ciudad de Libia cuyos habitantes lo acusaron de "atacarlos en contra de los tratados"⁵⁴, o la de Murena contra Mitridates VI "que no había violado el tratado con ellos"⁵⁵. Menciona también declaraciones de guerra injustas como la del cónsul Cecilio Metelo contra los dálmatas "por deseo de un triunfo sin que estos hubieran hecho nada punible"⁵⁶, o decisiones arbitrarias como la de Pompeyo al expulsar del trono de Siria a uno de sus monarcas "aunque no había hecho ningún daño a los roma-

⁵⁰ *Pun.* 134

⁵¹ *Pun.* 129 y 131 respectivamente.

⁵² *Hisp.* 51

⁵³ *Hisp.* 80

⁵⁴ *Pun.* 110

⁵⁵ *Mith.* 65

⁵⁶ *Ill.* 11.

nos"⁵⁷. Una lista a la que se vendrían a sumar las terribles acciones llevadas a cabo por una serie de personajes codiciosos y siniestros que a pesar de actuar como representantes de Roma ejecutaron incalificables actos de perfidia, como la de Carbón contra los teutones, la de Galba contra los lusitanos y la de Didio contra la ciudad de Colenda en la Península Ibérica⁵⁸, o llevaron a término acciones sacrílegas saqueando y destruyendo los bienes de los templos o asesinando sin escrúpulos a todos aquellos que habían buscado refugio en ellos, como Murena en Comana, Fimbria en Ilión o Triario en Apamea⁵⁹. De hecho el alcance de las acciones romanas en este sentido podía alcanzar tales cotas de odio e impopularidad como para atribuir contundentemente a esta circunstancia las masacres de romanos e itálicos llevadas a cabo en Asia Menor durante las denominadas vísperas asiáticas más que al miedo a Mitridates⁶⁰.

La carrera justa y triunfal de Roma no aparece así en Apiano desprovista de matices oscuros de todas clases, ofreciéndonos quizá la otra cara de la moneda de lo que en un principio podría esperarse de un proceso de conquista perfectamente inmaculado en el que habían predominado de manera clara los principios y cualidades enunciados en el Prólogo a su historia. La actuación romana, sobre todo personalizada en diferentes individuos, había recibido ya la crítica de los propios escritores romanos, guiados de principios partidistas, como ensalzar a un determinado personaje en detrimento de sus rivales políticos y personales, o morales, como ejemplificación evidente de la pérdida de los prístinos valores de Roma a causa de las conmociones vividas a finales de la República o por los alicientes ofrecidos por las conquistas exteriores. Seguramente entre las fuentes de que dispuso Apiano para elaborar su historia había una buena parte de esta clase de materiales. Sin embargo, lo que resulta particularmente significativo en el caso de nuestro historiador es la utilización consciente de dichos reproches y acusaciones, integrados ahora en un relato de carácter general que no tenía como principales objetivos los que habían alentado la crítica moral de sus posibles predecesores romanos. Una de sus principales finalidades, tal y como nos confiesa en el Prólogo, había sido la de comparar el valor de los romanos con el de cada uno de los pueblos con los que se enfrentaron⁶¹ y esta tarea implicaba, especialmente desde un punto de vista judicial propio de un abogado como era Apiano, la reunión de toda la evidencia disponible, fuera esta favorable o contraria a sus protagonistas. De ahí el reconocimiento de esta cualidad en muchos de sus enemigos sin necesidad de que supongamos que dicho procedimiento obedece puramente a la necesidad de ensalzar al contrario. Así el valor personal de algunos de sus principales personajes como Catón o Escipión se vio contrarrestado con el de algunos líderes indígenas como el segedano Caro, el de las mujeres de las regiones del noroeste

⁵⁷ *Syr.* 49

⁵⁸ *Gall.* 13 (Carbón); *Hisp.* 60 (Galba) y 100 (Didio)

⁵⁹ *Mith.* 64 (Murena); 53 (Fimbria) y 77 (Triario).

⁶⁰ *Mith.* 23

⁶¹ *Praef.* 12.

de la Península o el de los propios numantinos y cartagineses⁶². Tampoco eran todo luces desde el lado romano y se daba así cuenta de actuaciones poco o nada gloriosas como las de los pretores Plaucio y Quintio en la Península Ibérica que se retiraron a invernar antes de tiempo con el fin de evitar la confrontación directa con el enemigo⁶³. En algunos casos, se alega incluso la decisiva incidencia de la buena fortuna de los romanos en el resultado final de algunos encuentros, tal y como le sucedió a Emilio en el asedio de Palantia, donde cuando lo tenía todo prácticamente perdido los indígenas se retiraron "como si les hubiera apartado un dios"⁶⁴, o se explican las campañas favorables por circunstancias mucho más humanas, como la que propició a los Escipiones la oportuna retirada de Asdrúbal del frente ibérico, al verse obligado a regresar a su patria por el ataque del númida Sifax, pues como se encarga de resaltar el propio Apiano, tras su retorno "la guerra fue más difícil para los Escipiones"⁶⁵.

No sería justo, sin embargo, ni respondería seguramente a la verdad, si a partir de la acumulación acusatoria de estos testimonios considerásemos a Apiano un historiador de marcada tendencia antirromana o que ha recogido complacido en su obra toda la tradición adversa conservada al respecto. Las cosas son probablemente mucho más complejas. Ciertamente Apiano no era romano sino alejandrino y por lo que sabemos de él se sentía particularmente orgulloso de su lugar de origen al que consideraba legítimamente su patria, tal y como afirma en el Prólogo de su historia⁶⁶. En esa misma línea se explica su complaciente digresión, aparentemente sin paralelo en todo el Prólogo, acerca del increíble potencial militar que podían desplegar en su día los monarcas tolemaicos y de las enormes riquezas que tenían a su disposición⁶⁷. Estas referencias claramente elogiosas e incluso teñidas de una cierta nostalgia por la grandeza pasada se repiten de nuevo al inicio de su primer libro sobre las Guerras civiles cuando se refiere a Egipto como "el imperio más duradero hasta entonces y el más poderoso entre los posteriores a Alejandro y el único que faltaba a los romanos en relación con su extensión actual"⁶⁸. La historia de su propio país, Egipto, desempeñaba al parecer un papel capital dentro de la estructura de toda la obra, hasta el punto de haber pospuesto hacia este espacio narrativo el relato de un acontecimiento clave tanto para la culminación de las guerras civiles romanas como para la definitiva instauración de la monarquía imperial como fue la victoria de Octavio en Accio contra Antonio y Cleopatra, lo que otorgaba además de paso a su ciudad natal un papel fundamental dentro de todo el proceso que representaba su historia⁶⁹.

⁶² Sobre estos ejemplos y su funcionalidad, Gómez Espelosín (1993).

⁶³ *Hisp.* 64 (Plaucio) y 66 (Quintio).

⁶⁴ *Hisp.* 82

⁶⁵ *Hisp.* 16

⁶⁶ *Praef.* 15.

⁶⁷ *Praef.* 10

⁶⁸ *BC.* I, 5.

⁶⁹ Sobre la importancia del libro sobre Egipto Luce (1964); Hose (1994), pp. 167-173 y Bucher (2000) pp. 422 y ss.

Incluso se ha llegado a sostener que el público principal a quien iba dirigida su obra sería precisamente el de Alejandría, con el fin de contrarrestar versiones del imperio menos favorables en conjunto que circulaban en aquellos momentos en los medios populares y literarios de la ciudad⁷⁰.

Claramente decantado del lado alejandrino por genealogía y sentimientos patrióticos, Apiano era también indudablemente griego por su cultura y la tradición literaria en la que pretendía insertarse. Así lo demuestran entre otras cosas sus alusiones y referencias geográficas, que nos remiten a los viejos esquemas de la geografía arcaica claramente ya superada en aquellos tiempos⁷¹, o su visión bipolar del mundo entre griegos y bárbaros⁷². Este es en efecto el calificativo genérico con que suele designar a todas aquellas poblaciones que se enfrentaron con Roma cuando no utilizaba el etnónimo correspondiente, tal y como sucede a menudo en el libro mitridático a la hora de referirse a los soldados del monarca pónico o cuando opondrá significativamente a los griegos con la población local de Tigranocerta, la capital de Armenia⁷³. Dicho esquema se traslada incluso al interior de discursos ajenos a dicho ámbito como el del cartaginés Bannón, que utiliza dicho esquema polar para encuadrar sus referencias históricas⁷⁴. Griegas son también sus referencias etnográficas como en el libro ilírico o en el mitridático donde remite de forma genérica a 'los griegos' como fuente de su información⁷⁵, cuando califica algunas de las costumbres descritas a lo largo de su historia, como los cantos de alabanza dirigidos al rey de los alóbroges⁷⁶, o atribuye un estilo de vida simple a estas poblaciones, como el hecho de que los celcíberos no apreciaran los metales preciosos⁷⁷. Griegos son también indiscutiblemente sus principales referentes históricos como las alusiones a las sucesivas hegemonías de Atenas, Esparta y Tebas que aparecen en el Prólogo, su alusión a Tartesos como horizonte dentro de la historia ibérica, la referencia a los orígenes helénicos de Sagunto, la comparación de Sifax y su relación con Escipión con las figuras emblemáticas de Creso y Ciro o la del imperio de Cartago con el de los griegos⁷⁸. De clara matriz helénica eran igualmente sus parámetros morales, como los calificativos empleados a la hora de evaluar la perfidia de Galba (imitando a los bárbaros) o la condición de Viriato (aun siendo un bárbaro)⁷⁹, o ideológicos, con conceptos de clara

⁷⁰ Sobre Apiano y Alejandría: Palm (1959) pp. 76-77; Gowing (1992) pp. 10-16; Swain (1996) pp.251-252 y Bucher (2000) pp. 445 y ss.

⁷¹ Gómez Espelosín (1999/2000).

⁷² Gómez Espelosín (1993a)

⁷³ Calificaciones de bárbaros: *Mith.* 29; 32; 34; 38; 43; 47; 50; 62; 79; 86 (Tigranocerta); 104.

⁷⁴ *Pun.* 85

⁷⁵ *Ill.* 1 (dos veces); 5; 14; *Mith.* 1;

⁷⁶ *Gall.* 12. Otros ejemplos en *Hisp.* 67 (tumulto propio de los bárbaros); *Mith.* 104 (costumbre de postarse ante el vencedor)...

⁷⁷ *Hisp.* 54.

⁷⁸ *Praef.* 8 (hegemonías); *Hisp.* 2 y 63 (Tartesos); *Hisp.* 7 (Sagunto); *Pun.* 28 (Sifax como Creso); *Pun.* 2 (imperios cartaginés y griego).

⁷⁹ *Hisp.* 60 (Galba); *Hisp.* 75 (condición de Viriato).

raigambre helénica como la mutabilidad de las cosas humanas o el cambio inesperado de fortuna, tal y como aparecen reflejados en algunos de los discursos atribuidos a personajes bárbaros como el numantino Avaro o el púnico Erifo⁸⁰. Lo son igualmente algunos de sus planteamientos políticos como su constante alusión a la existencia de disputas internas que han impedido conseguir cotas de unidad y poder que hubieran impedido la conquista exterior, o su concepción benevolente y evergética de la monarquía, único agente capaz de acabar de una vez por todas con los conflictos anteriores⁸¹.

De esta forma, a la vista de las evidencias, lo más probable es que las diferentes identidades que se compaginaban o se solapaban de manera más o menos armónica o enrevesada en el propio interior de Apiano quedaran puntualmente reflejadas en determinados momentos de su historia y que de modo más o menos controlado y consciente emergieran subrepticamente a la superficie del relato con una intencionalidad declarada. En la mayoría de los casos el talante de sus fuentes de información le proporcionó ya hecha una buena parte de la tarea, pero en definitiva la elección final de los datos relevantes y la consiguiente configuración expresiva y moral corrían siempre a su cargo. Aunque desconocemos las circunstancias concretas de su carrera y los impedimentos que tuvo que superar para conseguir su elevada posición, primero en su país natal y luego en Roma, parece evidente que Apiano vinculaba estrechamente su estatus al imperio y más en concreto al favor personal del emperador y de aquellos personajes que como Frontón habían mediado en la consecución de sus logros. Su adhesión personal al imperio se hallaba así fuera de toda duda y seguramente también su sincera admiración por los indudables logros conseguidos. Sin embargo era también un alejandrino bien consciente de la grandeza de su patria y un heredero evidente de toda la tradición cultural griega anterior con todo lo que ello implicaba⁸². La defensa a ultranza de la libertad constituía probablemente uno de sus legados y así parece formularlo explícitamente en el Prólogo de su historia cuando afirma que las guerras más gloriosas de Grecia fueron aquellas que se emprendieron en defensa de la libertad frente a la agresión de otras potencias, comparativamente muy superiores a los estrepitosos fracasos obtenidos en los intentos de conquistar Sicilia o Asia⁸³. Una idea que parece reforzar más adelante cuando añade que en su opinión la historia de los griegos fue menos gloriosa e indigna de ellos tras Filipo y Alejandro. En la mayoría de los casos, sus intentos por compatibilizar sus diferentes lealtades obtuvieron el resultado armónico esperado, sin que la imagen global se resintiera especialmente, pero hubo seguramente momentos en los que las contradicciones y los conflictos entre ellas saltaron inevitablemente a la palestra,

⁸⁰ *Hisp.* 95 (Avaro); *Pun.* 51 (Erifo).

⁸¹ La existencia de luchas internas aparece ya referida al mundo griego en su Prólogo, *Praef.* 8 y aplicada luego a otros pueblos como en el caso de los ilirios, *Ill.* 3 o de los peones, *Ill.* 12. Su largo desarrollo de las guerras civiles romanas, que superan con mucho el espacio dedicado al resto de los libros de su historia, revela igualmente su preocupación e interés primordial por el tema.

⁸² Bowie (1974).

⁸³ *Praef.* 8

sobre todo cuando la implacable acción de conquista romana dejaba tras de sí el rastro de la destrucción de antiguos imperios que habían ejercido en su momento la hegemonía, como era el caso de su propio país, o implicaba la derrota de un pueblo valeroso que luchaba desesperadamente por su libertad y su independencia. La libertad de las ciudades griegas, aunque se había convertido desde hacía ya tiempo en un mero eslogan político sin mayores consecuencias que utilizaban sin escrúpulos los protagonistas principales del tablero internacional, como revelan los ejemplos de Flaminio, Antíoco III o Mitridates VI, o había quedado subsumida dentro de la nueva estructura del imperio con los pertinentes conflictos puntuales, continuaba despertando viejas lealtades en un individuo cuyos referentes identitarios se hallaban tan repartidos, aunque se expresaran de forma más bien tímida y recatada dentro del contexto triunfal de una historia de los vencedores.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO NÚÑEZ, J. M. (1984): "Appian and the World Empires", *Athenaeum* 62, pp. 640-644.
- ARANEGUI GASCÓ, C. (2004): *Sagunto. Oppidum, emporio y municipio romano*, Barcelona.
- BARZAZO, A. (1992): "La questione dell'identità zacintio-ardeate dei Saguntini: Invenzione edudita, falso diplomatico o realtà storica?", en M. Sordi ed., *Autocoscienza e rappresetazione dei popoli nell'antichità*, Milán, pp. 135-143.
- BOWIE, E. L. (1974): "Greeks and their Past in the Second Sophistic" en M. I. Finley ed., *Studies in Ancient Society*, Londres, pp. 166-209.
- BOWIE, E. L. (1989): "Appian" en P. E. Easterling y B. M. W. Knox eds., *The Cambridge History of Classical Literature*, vol. I, part 4, Cambridge, pp. 147- 149.
- BRODERSEN, K. (1993): "Appian und sein Werk", *ANRW* II, 34, 1, pp. 339-363.
- BUCHER, G. S. (1997): *Prolegomena to a Commentary on Appian's Bellum Civile* Book 2, Dissertation Brown University.
- BUCHER, G. S. (2000): "The Origins, Program, and Composition of Appian's Roman History", *TAPA* 130, pp. 411-458.
- CHAMPLIN, E. (1980): *Fronto and Antonine Rome*, Cambridge Mass.
- FERRARY, J. L. (1998): "La resistenza ai Romani", en S. Settis ed., *I Greci. Storia. Cultura. Arte. Società*, 2, III, Turín, pp. 803-837.
- GABBA, E. (1956): *Appiano e la storia delle guerre civili*, Florencia.
- GABBA, E. (1957) "Sul libro siriano di Appiano", *Rend. Accad. Lincei*, ser. VIII, 12, pp. 339-351.
- GABBA, E. (1959): "Storici greci dell'impero romano da Augusto ai Severi", *Riv.Stor.It.* 71, 361-381.
- GOLDMANN, B. (1988): *Einheitlichkeit und Eigenständigkeit der Historia Romana des Appian*, Hildesheim.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J. (1993a): "La imagen del bárbaro en Apiano. La adaptabilidad de un modelo retórico", *Habis* 24, pp. 105-124.

- GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J. (1993b): "Appian's Iberike: Aims and Attitudes of a Greek Historian of Rome", *ANRW* II, 34, 1, pp. 403-427.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J. (1996): "Estrategias narrativas en la Historia de Apiano: Algunos ejemplos", *ASNP* ser. IV, I, 1, pp. 103-117.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J. (1999/2000): "Apiano y la antigua tradición geográfica griega", *Geographia Antiqua* VIII-IX, pp. 15-24.
- GOWING, A. (1992): *The Triunviral Narratives of Appian and Cassius Dio*, Ann Arbor.
- HAHN, I. (1962): "Appian und seine Quellen" en G. Wirth ed., *Romanitas-Christianitas. Untersuchungen zur Geschichte und Literatur der römischen Kaiserzeit*, Berlín, pp. 251-276.
- HAHN, I. y NEMETH, G. (1993): "Appian und Rom", *ANRW* II, 34, 1, pp. 364-402.
- HOSE, M. (1994): *Erneuerung der Vergangenheit. Die Historiker im Imperium Romanum von Florus bis Cassius Dio*, Leipzig/Stuttgart.
- LEIDL, Ch. (1993): "Appians Annibaika: Aufbau-Darstellungstendenzen- Quellen", *ANRW* II, 34, 1, pp. 428-462.
- LEIDL, Ch. (1996): *Appians Darstellung des 2. punischen Krieges in Spanien (Iberike c. 1-38 & 1-158^a). Text und Comentar*, Munich.
- LUCE, T. J. (1964): "Appian's Egyptian History", *CP* 59, pp. 259-262.
- MAGNINO, D. (1993): "Le 'guerre civili' di Appiano", *ANRW* II, 34, 1, pp. 523-554.
- MARASCO, G. (1982): *Appiano e la storia dei Seleucidi fino all'ascesa al trono di Antioco III*, Florencia.
- MCGING, B. C. (1993): "Appian's Mithridateios", *ANRW* II, 34, 1, pp. 496-522.
- MELONI P. (1955): *Il valore storico e le fonti del libro macedonico di Appiano*, Roma.
- OSTENFELD, E. N.: (2002): *Greek Romans and Roman Greeks. Studies in Cultural Interaction*, Aarhus.
- PALM, J. (1959): *Rom, Römertum und Imperium in der griechischen Literatur der Kaiserzeit*, Luna.
- PERNOT, L. (1997): *Eloges grecs de Rome. Discours traduits et comentés*, Paris.
- SANCHO ROYO, A. (1973): "En torno al bellum Numantinum", *Habis* 4, pp. 23-40.
- SANDFORD, E. M. (1937): "Contrasting Views of the Roman Empire", *AJPh* 58, pp. 437-456.
- SORDI, M. (1982): "Timagene di Alessandria: uno storico ellenocentrico e filobarbaro", *ANRW* II, 30, 1, pp. 775-797.
- SWAIN, S. (1996): *Hellenism and Empire. Languages, Classicism, and Power in the Greek World, AD 50-250*, Oxford.
- THOLLARD, P. (1987): *Barbarie et civilisation chez Strabon*, Paris.
- VIDAL-NAQUET, P. (1990): "Flavio Arriano entre dos mundos" en *Ensayos de Historiografía*, trad. Cast., Madrid, pp. 11-92.
- WALBANK, F. W. (1972), *Polybius*, Berkeley-Los Angeles.
- ZECCHINI, G. (2003): "Polibio tra Numanzia e Corinto" en J. Santos y E. Torregaray eds., *Polibio y la península ibérica*, Vitoria, pp. 33-42.